

18
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

BIBLIOTECA HOSPITAL
GRANADA

Sala:

Estante:

Número:

001
059013



2 000 40

Stafle

(2)

NOS D. BLAS JOAQUIN ALVAREZ
 DE PALMA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE
 LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO DE
 GRANADA, &C.

A todos nuestros amados diocesanos salud y
 paz en nuestro Señor Jesucristo.

Con sumo dolor de nuestro corazon hemos visto impresos cinco libros con los titulos siguientes: el primero en 8.º *Traité des trois imposteurs: en Suisse de l'imprimerie philosophique* 1793. El segundo tambien en 8.º *El citador, escrito en frances por Mr. Pigault. Lebrun, y traducido al castellano por el R. P. M. Fray N. Alvarado. Londres en la imprenta de Dávidson.* 1816. El tercero en 16º *marquilla, conocido vulgarmente por: Las Ruinas de Palmira, pero con el título de: Meditacion sobre las Ruínas: Londres año de 1819* con esta sentencia al frente: *el principio de la sabiduría es el saber dudar.* El cuarto y el quinto, ámbos en 8.º sin lugar ni año de la impresion, sin nombre del editor ni impresor, intitutados el uno: *Dios y los hombres, teología pero razonable, por el Baron d'*



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Numero:

059 (13)

(2)

NOS D. BLAS JOAQUIN ALVAREZ
 DE PALMA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE
 LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO DE
 GRANADA, &C.

Á todos nuestros amados diocesanos salud y
 paz en nuestro Señor Jesucristo.

Con sumo dolor de nuestro corazon hemos visto impresos cinco libros con los titulos siguientes: el primero en 8.º *Traité des trois imposteurs: en Suisse de l'imprimerie philosophique 1793.* El segundo tambien en 8.º *El citador, escrito en frances por Mr. Pigault. Lebrun, y traducido al castellano por el R. P. M. Fray N. Alvarado. Londres en la imprenta de Dávidson. 1816.* El tercero en 16º *marquilla, conocido vulgarmente por: Las Ruinas de Palmira, pero con el título de: Meditacion sobre las Ruínas: Londres año de 1819 con esta sentencia al frente: el principio de la sabiduría es el saber dudar.* El cuarto y el quinto, ámbos en 8.º sin lugar ni año de la impresion, sin nombre del editor ni impresor, intitulos el uno: *Dios y los hombres, teología pero razonable, por el Baron d'*



Holbach, y el otro: el Nuevo Citador, ú Observaciones críticas sobre los dos testamentos, traducido al español por un amigo de la verdad.

En estos libros se ven desmentidas las palabras de Dios, ridiculizados los augustos misterios de nuestra divina religion, única verdadera, insultado con execrables blasfemias Dios Padre omnipotente criador del cielo y de la tierra, Dios hijo hecho hombre por salvar á los hombres, y Dios Espíritu Santo que es adorado y conglorificado con el Padre y el Hijo, y que habló por los Profetas. En estos libros se leen injurias y desprecios contra María Santísima Madre de Dios, abogada de los pecadores, vida, dulzura y esperanza nuestra: contra los Angeles del cielo, domésticos de Dios, príncipes de la Jerusalem triunfante y ministros de la divina voluntad, que nos custodian en los peligros de esta vida, nos defienden de nuestros enemigos, y nos dirigen por las sendas de la salud eterna: contra los Santos del antiguo y nuevo testamento, que habiendo servido fielmente al Señor durante su vida mortal, participan del gozo y la gloria del mismo Dios en el cielo, y alcanzan innumerables beneficios para la tierra. Finalmente, en estos libros se niegan y se combaten el fruto y la existencia de los santos sacramentos de

la Iglesia, el mérito de las virtudes mas recomendadas en el evangelio, los premios y los castigos eternos que dará á los hombres el justo Juez de vivos y muertos, todo cuanto cree y confiesa la Iglesia católica, apostólica romana: y con mayor perversidad que la serpiente que engañó á nuestros primeros padres en el paraíso, se promete á los hombres hacerlos felices, no ya diciéndoles que serán semejantes á Dios; sinó persuadiéndoles que son semejantes á las bestias, porque el alma del hombre perece con la muerte lo mismo que la del jumento. Tal es el contenido de estos libros, segun el conocimiento que hemos adquirido de ellos en parte por Nos mismo, y en el todo por personas sólidamente instruidas en las letras humanas y en las ciencias eclesiásticas.

(+) Esta sencilla y ligera indicacion no podrá menos de afligir el ánimo de los buenos cristianos. Para los que aman á Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todo su entendimiento y con todas sus fuerzas, que es como debe ser amado segun el evangelio, no hay mayor interés que la gloria del mismo Dios, y la salud de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo; ni hay cosa mas amarga y detestable que las blasfemias y ultrages contra el santo y terrible nombre del Señor,

los desprecios y contradicciones hechas á sus palabras de eterna verdad , y los escándalos dados á los fieles , que se esponen á perecer , y perecerán efectivamente en gran número , con el veneno de tan perniciosas doctrinas. David (1) aborrecía con odio perfecto la mala conducta de los enemigos de Dios , y se abrasaba (2) y consumía al considerar el desprecio que hacian de la divina palabra. Cuando Matatias vió en Jerusalem los libros de Antioco , contrarios á la ley y á la religion del verdadero Dios , con los demas atroces males que afligieron por entónces al pueblo escogido , la vida propia le era amarga é insufrible ; y asi él como sus hijos los valientes Macabeos , explicaron lo acerbo de su dolor , rasgando sus vestiduras , vistiéndose de cilicios y abandonándose á un copioso llanto (3). El Apostol de las gentes (4) confesaba hallarse penetrado de una gran tristeza y de un dolor continuo , por la obstinada incredulidad de los judios sus hermanos ; y que se quemaba y deshacia de pena , al considerar la ruina espiritual de sus prógimos (5).

(1) Ps. 138. v. 21.

(4) Roman. 9. 2.

(2) Ps. 118. v. 139.

(5) 2 Cor. c. 11. v. 29.

(3) Machabeor. c. 1 et 2.

Para repararla, y para resarcir juntamente el honor de Dios, ¿cuantos y cuan heróicos esfuerzos no hicieron estos Santos? El ardiente celo de cada uno de ellos se extendió hasta donde alcanzaban todas sus facultades. Y esta conducta por sí sola, reprueba solemnemente la de algunos fieles cristianos, que poco delicados de conciencia, no sienten en ella sinó los estímulos que causan los crímenes mas groseros, poco advertidos sobre la fuerte propension al mal que reyna en el corazon humano, no temen el peligro de su alma donde Dios y sus Santos nos enseñan que lo hay. Y poco penetrados del amor de Dios y celo de su gloria, miran con lamentable frialdad los escandalosos ultrages, que se hacen á su santa palabra, á su augusto nombre, y á su infinitamente respetable Magestad. Para estos el trato con los hereges ó incrédulos, y la lectura de los libros que vilipendian nuestra divina religion, son unos objetos indiferentes, y aun útiles bajo ciertos pretextos especiosos, que les sugiere la prudencia terrena, enemiga irreconciliable de la prudencia celestial.

Debemos pues desengañarlos, y hacerles ver, que es grande sobremanera la ruína que ofrecen al cristiano las conversaciones y las lecturas impias. Porque *si el que trata con el soberbio, se*

revestirá de soberbia, así como el que toca la pez será manchado con ella según la sentencia del Espíritu Santo (1); el que por su gusto oyere ó leyere espresiones impías, se penetrará de la impiedad: dando desde luego indicios de que su corazón ama la mentira y el error; porque como añade el mismo Espíritu Santo (2) *el que es malo obedece á la lengua inicua, y el engañador se acomoda á los lábios mentirosos.* Quien busca luz y dirección en tales libros, se pone en manos de unos conductores ciegos, y cegándose á sí mismo caerá con ellos en el precipicio y la muerte eterna, según la doctrina del Evangelio (3).

Por eso S. Pablo escribiendo á los Corintios les dice: (4) » No queráis ser engañados: las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. » Velad justos, porque algunos no tienen conocimiento de Dios: para vergüenza vuestra lo digo. » Evitad la compañía y trato de los que causan divisiones y escándalos contra la sana doctrina que habeis aprendido. « Y en su carta segunda á Timoteo añade (5) » las palabras de los hereges

(1) Eccli. cap. 13. v. 1. (4) 1. Cor. c. 15. v. 33.
 (2) Proverb. c. 17. v. 4. (5) 2. Timot. c. 2. v. 17.
 (3) Matth. 15. 14.

»é incrédulos cunden y estienden su corrupcion
 »como el cancer ó la gangrena.” Iguales sentimien-
 tos abrigaba en su pecho el discípulo amado de
 Jesus, cuando en su segunda carta decia: » mu-
 »chos impostores se han levantado en el mundo,
 »que no confiesan que Jesucristo vino en carne:
 »cualquiera que esto dice ó piensa, es impostor
 »y antichristo. Guardaos á vosotros mismos, para
 »que no perdais el fruto de vuestra fe, y de las
 »buenas obras que habeis hecho en lo pasado, sinó
 »que recibais por ellas galardón cumplido. Todo
 »el que se aparta y no persevera en la doctrina
 »de Cristo, es un hombre sin Dios y como un
 »ateista; el que persevera en la doctrina de Cristo,
 »este está unido no solamente con el Hijo, sinó
 »tambien con el Padre, mediante el vínculo es-
 »trecho de la caridad. Si alguno viene á voso-
 »tros, y no hace profesion de esta doctrina, no
 »lo recibais en casa, ni le saludeis. Porque el que
 »lo saluda, comunica en sus malas obras.”

¿Y cuando daban esta doctrina los Apóstoles?
 ¿por ventura cuando todavía rudos é imperfectos
 (1) dudaban si se podría perdonar hasta siete ve-

(1) Math. 18. 21. Luc. 22. 49. Luc. 9 54.

ces al pecador, intentaban defender la vida de su divino Maestro con la espada, y apetecían bajase fuego del cielo sobre los Samaritanos desatentos al Salvador? No por cierto: ántes bien la enseñaron y practicaron, despues de haber recibido el Espíritu Santo que los enriqueció con el conocimiento de toda verdad y con el tesoro de los dones mas sublimes: despues que ardía en sus corazones la llama dulcísima y suavísima de la caridad, cuyas excelencias predicaban á todas las gentes ensalzándola sobre todos los carismas divinos y sobre todas las virtudes, de quienes es el alma y la vida.

Enmudezcan aqui ahora los sábios y prudentes segun la carne, que osan afirmar: que es contra la dulzura y benignidad de la caridad evangélica negarse al trato con los hereges é incrédulos cuando hablan de sus errores y procuran inculcarlos, sobre lo cual nos remitimos á los doctos comentarios de Cornelio á Lapide y de Calmet sobre la citada 2.^a carta de S. Juan: que el condenar sus libros impios es poner obstáculos á los progresos del entendimiento humano, dejándolo abismado en las tinieblas de una funesta ignorancia, con la que pierde mucho la piedad verdaderamente ilustrada: y que la conducta de los

prelados eclesiásticos en este punto es nimiamen-
te indiscreta y rígida. Enmudezcan los que así
hablan; ó acaben de declararse abiertamente con-
tra Jesucristo, que dijo á sus discípulos, y en
ellos á todos los pastores de la Iglesia: *el que á
vosotros oye, á mí oye, y el que á vosotros despre-
cia, á mí desprecia* (1).

Oid pues vosotros, amados diocesanos nues-
tros, oid á los Apóstoles y Discípulos de Jesucris-
to, y recibid con sumision y respeto su doctrina.
Por ella se guiaba el P. S. Cipriano cuando escri-
bia al Sumo Pontífice S. Cornelio (2) » Yo te rue-
» go leas esta mi carta delante de tu clero y plebe,
» para que si ahí se ha introducido insensiblemente
» algun contagio de palabras venenosas, y de se-
» milla pestífera, todo esto se arranque de los
» oídos y corazones de los hermanos:: Huigan es-
» tos con fortaleza, y eviten la conversacion de
» aquellos, cuya plática cunde como cancer:: No
» haya comercio alguno con tales hombres, no se
» mezclen con los malos ningunos convites ni co-
» loquios, y estemos tan separados de ellos, co-
» mo ellos están prófugos de la Iglesia, porque es-
» no se on ò unbdvilo se si ovann ób resl nebevan

(1) Lucæ 10. 16.

(2) Cypr. Epist. 55 (alias 59) Edict. Venet. 1758. (1)

«crito está (1) *si despreciare tu hermano á la Igle-*
nsia, tenlo por gentil y publicano. Y el bienaven-
 «turado Apóstol no solamente aconseja, sinó que
 «tambien manda nos apartemos de estos tales di-
 «ciendo: (2) *os mandamos en el nombre del Señor*
 «*Jesucristo que os aparteís de todos los herma-*
 «*nos que andan desordenadamente y no segun la tra-*
 «*dicion que recibieron de nosotros.* Ninguna socie-
 «dad puede haber entre la fe y la perfidia. El que
 «no está con Cristo, el que es adversario de Cristo,
 «el que es enemigo de su caridad y de su paz, no
 «puede estar unido con nosotros.” Hasta aqui S.
 Cypriano.

«Pero la lectura de los malos libros es mas per-
 «judicial y y debe evitarse con mayor razon que la
 «conversacion con los hombres perversos. Las doc-
 «trinas perniciosas se presentan en los libros con
 «mayor método y energía que en las conversaciones,
 «con estilo mas adornado y atractivo, con elocuencia
 «mas vigorosa. No se van de la memoria con tanta
 «facilidad como las palabras de viva voz, se leen
 «con mas calma y atencion, tienen mas enlace y
 «coordinacion entre los antecedentes y consiguientes,
 «se pueden leer de nuevo si se olvidan ó no se en-

(1) 8 Math. 18 v. 21. (2) 2. Thess. 3. (1) (2)

tendieron bien, en fin son por todos títulos mas eficaces para estraviar el entendimiento y pervertir el corazón. Los que por desgracia hayan leído algun mal libro, podrán ser testigos de esta verdad, y sino se han corrompido hasta el estremo de perder la sensibilidad de su conciencia y el candor de sus palabras, confesarán haberse sentido atacados por lo ménos de funestas tentaciones, de cuyo vencimiento no podrán estar seguros, porque como dice el Espíritu Santo (1) *el que ama el peligro, en él perecerá.*

Lo cierto es, que S. Dionisio patriarca de Alejandria, leyendo los libros de los hereges no por curiosidad, sino por conocer mejor sus errores para impugnarlos, como lo hizo con zelo ilustrado y enérgico; receló algun tiempo, si se habría contaminado con el cieno de las impiedades que leía y meditaba; y no depuso sus grandes temores hasta que una voz celestial le aseguró, que estaba extraordinariamente fortalecido con la divina gracia, para no caer en aquellas tentaciones, y que era voluntad de Dios se ocupase en aquellos estudios para la defensa de la fe católica (2).

(1) Eccli. 3. 27.

(2) Fleury hist. Eccl. Lib. 7 §. 35 Baron, ad an. 260 n. 14.

Si pues un Obispo tan lleno de virtudes y de luces como S. Dionisio, sufría tentaciones contra la fe, leyendo los libros heréticos con solo el santo fin de impugnarlos para bien de la Iglesia; si con toda su ciencia y discrecion no alcanzaba á conocer, si su alma se habria manchado algun tanto en el cieno del error; ¿que habrá de suceder á los que sin virtudes eminentes, sin instruccion extraordinaria en la vastísima ciencia de la religion, sin la debida licencia de los prelados eclesiásticos, sin otro fin que el de satisfacer la funesta pasion de la curiosidad, leen libros no solamente heréticos, sino del todo impíos, y tan atrocemente impíos como lo son *El Citador*, *Las Ruinas*, *Los tres Impostores*, *La teología de Dios y los hombres*, y *El Nuevo Citador*?

En ellos se combaten, no uno, no muchos, sino todos los dogmas de nuestra santa fe católica, se minan hasta los mas profundos cimientos de la divina religion de nuestros padres, y se trata de persuadir, que todas las verdades que cree y confiesa como reveladas por Dios la Iglesia católica, apostólica, romana, son mentiras forjadas por hombres ilusos, seductores, fanáticos y perversos. ¿Pero con que argumentos? Con uno ú otro axioma filosófico mal entendido y peor

aplicado: con citas falsas de autores que digeron lo contrario de lo que se les atribuye, y que son difíciles de verificar por las personas desprovistas de libros raros y de grandes talentos: con declamaciones acaloradas, llenas de las flores del estilo, aunque vacias de verdad y solidez: con ironias picantes, con chistes y bufonadas indecentes, con agudezas irrisorias, con sofismas indignos de un buen ingenio y mucho mas de un buen corazon, en los que se atribuyen á la religion las supersticiones, los vicios y los escándalos que ella misma condena, y que no son propios sino de la debilidad y malicia de algunas personas particulares.

Este modo de razonar de que usan tales libros, porque no se puede emplear otro contra la verdad, es muy perceptible para toda clase de sujetos; y el hombre siempre inclinado al mal, cae fácilmente en la seduccion, ó por lo ménos en las dudas, que por sí solas son pecados gravísimos contra la fe. ¿Qué importa que innumerables sabios antiguos y modernos, hayan puesto tan clara como la luz del medio día la verdad de la religion católica? ¿Qué importa, que con discursos sólidamente fundados hayan convertido en humo los argumentos sofísticos de los incrédulos?

¿Qué importa hayan hecho patentes al mundo entero la mala fe y la astucia diabólica de estos escritores impíos? Las apologías de la religion apenas son conocidas del vulgo de los fieles, entre quienes circulan fácilmente los libros perjudiciales; son ademas obras por lo comun voluminosas, y siempre serias y profundas, por lo que exceden á los alcances ordinarios del vulgo de los literatos, y no ofrecen atractivos para ser leidas con placer, y con todo el teson que exigen para ser bien meditadas y aprendidas. De manera que siendo por una parte el veneno fácil, brillante y alagüeño, y por otra el antidoto, arduo, amargo y fastidioso; la corrupcion y la muerte deben ser demasiado generales. Y aun quando el contraveneno mas seguro y eficaz estuviese á la mano: ¿Que hombre cuerdo traga voluntariamente la ponzoña, confiado en el preservativo ó el remedio? onem o rog ó noccion en la reduccion

Yerran pues, y juntamente acreditan que no tienen el debido amor de Dios y del prógimo, ni el zelo cristiano que es inseparable de este amor, los que opinan que puede ser de utilidad la circulacion de los malos libros. ¿Que utilidad será esta? ¿Acaso la de estimular á los sábios á que trabajen nuevas apologías? Este es el ob-

jetó que falsa y burlescamente llama *piadoso* el traductor fingido del *Citador*: y por el que se tomó la molestia de hacer la traducción castellana de tan execrable libro. Pero según este principio, serán piadosas y loables las diligencias que se empleen en fomentar y propagar como útiles las epidemias y enfermedades mas terribles, porque proporcionarán á los facultativos la ocasion de manifestar su acierto en el arte de curar: las guerras crueles y devastadoras, porque pondrán á los militares en el caso de hacer proezas de valor: los pleitos injustos y ruinosos, porque ofrecerán á los abogados y jueces un medio feliz de acreditar sus luces y su rectitud: en suma las calamidades mas horribles y perjudiciales á la sociedad, porque en ellas brillarán el zelo, la prudencia y acierto de aquellos, á quienes compete atajarlas y remediarlas.

¿Qué otra utilidad podrán producir los libros antireligiosos? ¿Acaso la de que los buenos católicos darán testimonios mas ilustres de la firmeza de su fe? Pero según esto, será útil despojar á los pobres y aumentar su miseria, para que resplandezca mejor la misericordia de los ricos: atizar el ódio cruel de los tiranos perseguidores de la Iglesia, para que triunfe gloriosamente la cons-

fancia de los mártires: promover los escándalos de los pecadores, para que resalte más el celo y la piedad de los justos. ; *Ay del mundo por los escándalos!* dice Jesucristo (1) *Necesario es á la verdad que haya escándalos: ; pero hay de aquel hombre por quien viene el escándalo...! Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y arrojalo de tí; mejor te está entrar en la vida con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno del fuego.*” Despues de esto ; habrá quien permita aplicar los ojos á la lectura de los libros perversos? Ellos son segun los santos Doctores, armas del demonio para atacar á la Iglesia, veneno, cancer, peste de las almas. ; Cuanto mejor será para el cristiano entrar en el cielo sin haber visto estos libros, que ser arrojado al fuego eterno con el conocimiento de ellos?

Tan léjos está que puedan tolerarse ni ménos aprobarse como útiles, que en el capítulo 19 de los *Hechos apostólicos* se propone como modelo digno de la imitacion de los fieles; la conducta de aquellos sábios curiosos, que felizmente desengañados, quemaron en público sus libros, no obstante que valian unos cien mil reales de vellon.

(1) Math. 18 v. 9.

Y unos libros cuya total destruccion es aprobada por el Espíritu Santo ¿podrán mirarse como útiles y tolerables?

Siempre los ha detestado la Iglesia, y no pueden enumerarse los hechos, con que ha manifestado su santo zelo contra cualesquiera escritos contrarios á la fe ó las buenas costumbres. Los Padres del Concilio 1.^o de Nicea condenaron é hicieron pedazos los escritos heréticos y blasfemos de Eusebio de Nicomedia (1): lo mismo hicieron con el libro de Ario (2) intitulado: *Talia*: y el Emperador Constantino mandó fuesen quemados cualesquiera obras escritas por este herejarca, imponiendo pena de muerte contra quien las retuviese ú ocultase (3).

En el Concilio 2.^o de Constantinopla, quinto general, habiéndose leído en la conferencia 6.^a la epístola de Ibas, exclamaron todos los obispos: »toda esta epístola es herética y blasfema: »el que no la anatematiza es herege: el que la »recibe, es herege (4).« Despues en la conferencia 8.^a establece varios cánones, condenando

(1) Severin. Bin. tó. 1. Conciliar. part. 1. fol. 293 C.

(2) Id. ibid. fol. 321 E.

(3) Id. ibid. fol. 289. D.

(4) Id. to. 2. part. 2. fol. 104. F.

las personas de muchos hereges, y tambien sus errores, y sus libros, con pena de excomunion contra los que defendieren ó favorecieren, y contra los que no condenaren y anatematizaren á los hereges y sus libros proscriptos por la santa Iglesia católica, apostólica (1).

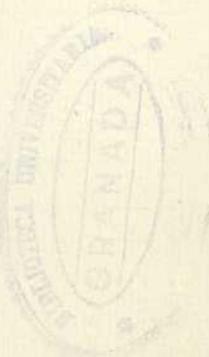
Por último y para evitar una demasiada proligidad, el Concilio de Constanza, decimo sexto general. Sess. 8. condenó todos los libros y tratados de Juan Wicleff, prohibió su lectura y retencion bajo pena de excomunion, y mandó se quemasen públicamente, segun estaba ya ántes determinado en el sinodo Romano del año 1413. Despues en la sess. 15 reprobó y condenó del mismo modo todos los libros y tratados de Juan Huss, mandando fuesen quemados pública y solemnemente (2).

Los prelados eclesiásticos de todos tiempos se han portado por sí solos, cuando lo han exigido las circunstancias, del mismo modo que los reunidos en los citados concilios generales, y en otros así generales como particulares, celando con vigilancia pastoral la salud eterna de sus ove-

(1) Id. to. 2 part. 2 fol. 116 Can. XI. XII. XIII. et XIV.
 (2) Id. to. 3 part. 2 fol. 860 et 890.

jas, que perecerian miserablemente, si no se les apartase de los pastos nocivos de malas doctrinas; á cuyo fin han añadido á sus exhortaciones paternales las amenazas y penas mas terribles contra los que leen libros perversos. Porque en vano seria condenarlos, si no se vedase al mismo tiempo su propagacion y su lectura.

Nos pues animados del mismo espíritu que nuestros padres, y estimulados por el deber que nos impone nuestro sagrado ministerio de gobernar la Iglesia de nuestro cargo y apacentar saludablemente esta considerable porcion del rebaño de Jesucristo, despues de haber observado todas las formalidades prescritas por el derecho canónico y civil vigente en nuestra España, declaramos que los sobredichos libros titulados: *Traité des trois imposteurs: El Citador: Meditacion sobre las Ruinas: Dios y los Hombres: y El Nuevo Citador* son escandalosos, heréticos, blasfemos, impios, y algunos de ellos tambien obscenos, injuriosos todos á los ministros sagrados de la Iglesia, y á los príncipes y demas autoridades seculares que han establecido como religion de sus estados la católica, apostólica, romana; destructivos asimismo de las principales máximas de la moral cristiana, de los dogmas



de nuestra santa fe, y aun de los mas sólidos fundamentos y seguros motivos de credibilidad de la divina religion revelada. Por tanto reprobamos los tales libros, los desechamos y proscribimos; y mandamos bajo de culpa grave y so-pena de excomunion mayor á todos los fieles cristianos de esta nuestra diócesi, de cualquiera estado y condicion que sean, que no los lean, ni aun con pretesto de impugnarlos, salvo aquellas personas que tuvieren para ello nuestra licencia concedida precisamente por escrito y con fecha posterior á este nuestro edicto.

Mas estos conatos de nuestro celo pastoral, no producirán todo el fruto que deseamos, sino son promovidos y fomentados por los párrocos y demas sacerdotes cooperadores de nuestro ministerio. A todos ellos corresponde por su carácter sagrado, exhortar y persuadir á los fieles, que se preserven del contagio mortal para sus almas, contenido en los espresados libros y otros semejantes; haciéndoles entender la ruina espiritual que se les sigue de leerlos, y la que ocasionarán á otras almas, á quienes por qualquier modo faciliten la misma lectura; y que se harán cómplices en la malignidad escandalosa de los escritores impíos, que se ocupan con mayor teson y

osadía en componer y publicar tales obras, á medida que son mayores los intereses que se prometen, si son leídas y vendidas con estimacion.

No son ménos estrechas en este punto las obligaciones de los padres de familia. Ellos deben cuidar con todo esmero de que sus hijos, sus familiares y dependientes observen una conducta timorata y justa, de la que es principio y raiz la virtud teologal de la fe. *Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de sus domésticos, negó la fe, y es peor que un infiel:* dice el Apóstol: (1). Y el autor del libro divino del eclesiástico (2) dice al padre de familia: »aunque tengas muchos hijos, no te alegres con ellos, »si son impíos: ni te complazcas sobre ellos, »si no tienen temor de Dios. No fies en su vida por robustos que sean, ni mires á sus tareas, »aunque sean hábiles é industriosos. Porque mejor es uno temeroso de Dios, que mil hijos impíos. Y mas vale morir sin hijos, que dejar hijos impíos. Basta uno solo sensato para poblar una nacion; y una larga descendencia de impíos será desolada. Muchas cosas de estas han

(1) S. Tim. 5.

(2) Eccli. 16. v. 1. &c.

«visto mis ojos, y otras mayores y mas terribles
 «han oido mis oidos:»

¿De cuanta importancia no será, que se penetren de estas verdades los maestros de la juventud, que son en quienes por lo comun depositan los padres el cuidado de la mejor educacion de sus hijos? La juventud, este hermoso plantío de renuevos, destinados por la Providencia á reparar las continuas pérdidas que sufre la sociedad en los individuos inutilizados por la vejez, ó arrancados por la muerte ¿que ventajas no producirá para la religion y el estado, si los encargados en su cultivo desempeñan con exactitud tan noble empleo? Educados los jóvenes en la fe y en el temor de Dios, darán á su tiempo, como árboles plantados á la corriente de las aguas, frutos copiosos y sazonados de sabiduría y de buenas obras, con los que sostendrán la vida y la salud de la patria, aumentarán el decoro y esplendor de la Iglesia, y llenarán de consuelo los últimos dias de los buenos, dándoles la dulce esperanza, de que han de ser reemplazados por sujetos, cuyas virtudes los harán dignos de los bienes y destinos de sus mayores.

Al contrario, si los maestros, ó por negligencia ó por malignidad, influyen en la deprava-

vacion de los jóvenes, si limitándose á una educa-
 cion meramente filosófica y profana, no los radican
 en las verdades de la religion católica, y lo que es
 mas detestable, les subministran ideas ó libros con
 que se debilita ó se pierde la fé; en tal caso, los
 maestros serán los autores de la mayor de to-
 das las desgracias de España: porque la infesta-
 rán con aquella clase de hombres que describe el
 Apóstol, y que son la ruina de la sociedad. » Hom-
 » bres (1) amadores de sí mismos, codiciosos, alti-
 » vos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus pa-
 » dres, desagradecidos, malvados, sin aficion á los
 » parientes y domésticos, sin paz, sin fidelidad con
 » los estraños, calumniadores, incontinentes, crueles,
 » sin benignidad, sin amor á los buenos, traidores,
 » protervos, orgullosos y amadores de los placeres
 » mas que de Dios: hombres que teniendo aparien-
 » cia de piedad, pero negando la virtud de ella... que
 » siempre están aprendiendo, y nunca llegan á la
 » ciencia de la verdad... enemigos de la sana doctri-
 » na, aplicados á saber cosas fabulosas: por lo
 » que buscarán nuevos y nuevos maestros que les
 » lisongeen los oidos conforme á sus depravados
 » deseos.“ Quanto mayores son estos males que

(1) 2. ad Timot. c. 3 et 4.

las hambres, las pestes, las guerras y demas calamidades públicas?

Pero ¿qué otras costumbres podremos esperar de los que lleguen á instruirse en las doctrinas de los libros reprobados en el presente edicto, y de otros semejantes? Esta asercion parecerá exagerada á los que se hayan dejado seducir incautamente con las palabras pomposas de *justicia, rectitud, moralidad, reforma de costumbres* y otras tales en que abundan los filósofos incrédulos. El orgulloso arrojo de uno de ellos ha llegado hasta el punto de estampar una proposicion, mil veces impugnada y desmentida aun por muchos insignes enemigos del cristianismo, á saber: *dicen que nuestros padres idólatras tenian malas costumbres, pero la expresion es demasiado genérica, las tenian buenas y malas. Los cristianos no tienen ningunas.* Asi se lee en el *Nuevo citador* (1). Y esto nos pone en la triste y penosa precision de indicar, aunque muy ligeramente, la doctrina pestilente de este autor, y de los otros filósofos de que vamos hablando, para que se vea, cuan malas deben ser las costumbres de los que la adopten.

(1) Pag. 107.

El cristiano que obra mal, va conocidamente contra los principios de su creencia, y en ellos encuentra siempre una reprehension de su conducta, que molestándole con fuertes remordimientos interiores, le exitan al arrepentimiento y á la enmienda. Todo lo contrario debe suceder al filósofo. Para él no hay Dios que haga caso de lo que los hombres hacen ó dicen, que mire con agrado la virtud ni con aborrecimiento el vicio, que premie á los buenos, ni castigue á los malos. Porque lo que comunmente se llama Dios, no es mas que la naturaleza, ó si se quiere, el agregado de todos los seres, de todas las propiedades y de todas las energías. Asi lo enseña expresamente el *tratado de los tres impostores* (1). Y el mismo sistema se esplica repetidas veces en la *Meditacion sobre las ruinas* (2). El *citador* despues de insultar á Dios innumerables veces, atribuyéndole los mas negros vicios, sostiene (3) que nadie le conoce, ni nadie debe amarle ni temerle. En *el nuevo Citador* se lee: (4) que *si existe el Ser supremo no puede ser enemigo de seba ni religion*

(1) Pag. 88.

(2) Pag. 19 to 162, 494, y en otras partes.

(3) Pag. 176.

(4) Prol. del Traductor pag. VII.

alguna: de que se sigue, que Dios mira con indiferencia todas las sectas, en las que se recomiendan como leyes vicios innumerables, opuestos aun á la misma ley natural. Por último el *baron d' Holbach*, aunque admite un Dios justo, no reconoce por tal al que adoramos los cristianos y establece por exiomas (1): que *el filósofo puede negar si quiere la existencia de Dios, mas no el hombre de estado: y que no se sabe lo que es Dios, ni como castigará ó recompensará.*

Un hombre penetrado de tan abominables ideas; qué motivos enérgicos encontrará capaces de contenerle en sus mas sagrados deberes? » Es necesario, dice sábiamente un apologista moderno de » la religion (2), es necesario intimidar con la idea » de una justicia superior al malo que sea, ó bastante astuto para eludir la justicia de los hombres, ó bastante atrevido para despreciarla. » Para reprimir los ímpetus de las pasiones, se necesita un celador infatigable, cuyos ojos severos sigan al hombre hasta en los retiros mas escondidos: un tribunal supremo, cuyas sentencias

(1) Pag. 291.

(2) Apología de la Religión publicada en Francia año de 1795 artículo XIV,

(4) Prior del Traductor pag. VII.

(1) Pag. 88.

(2) Pag. 176.

" se egecuten sin obstáculo: un juez omnipotente,
 " á quien no pueda contener el número, ni el cré-
 " dito de los culpados: y suplicios tan inevitables
 " como terribles, cuya idea sola pueda contraba-
 " lancear los falsos atractivos del vicio. De ma-
 " nera que no pudiendo el culpable lisonjearse de
 " evitar las miradas de su juez, ni de vencer su
 " poder, solo busque la seguridad en el arrepen-
 " timiento. Ay! si á pesar de esta sancion temible
 " el hombre débil y el vicioso se dejan arrastrar
 " de sus pasiones. ¿Qué será, si á estas pasiones
 " tan atrevidas y emprendedoras se les quita este
 " temor saludable? Semejantes á las bestias fero-
 " ces, á las que se ha soltado de la cadena, cau-
 " sarán los mayores estragos. Se aflojarán poco á
 " poco todos los lazos de la sociedad, y el uni-
 " verso será un vasto teatro de violencias y hor-
 " rores, donde reynará solo la bárbara ley del
 " mas fuerte."

Y Es cosa verdaderamente asombrosa, amados
 míos en el Señor, que unas razones tan claras
 y enérgicas no causen impresion en todos los áni-
 mos: y que los libros perniciosos contra los que
 vamos hablando, sean capaces de alucinar á al-
 gunos porque de cuando en cuando claman que
el hombre debe ser justo. Es preciso desengañar

á los ménos advertidos, y mostrarles que justicia es ésta tan decantada, y en que bases se apoya. Todos los citados libros intentan persuadir que no hay felicidad eterna que esperar, ni infierno eterno que temer, y cuando tratan de virtudes, reprueban muchas que son indispensables á todo hombre, aun cuando no se conduzca sinó por la mera ley natural. *El Citador* que desecha como imposible el precepto de amar y temer á Dios, enseña tambien (1) que no se debe amar á todos los prógimos sinó solamente á los que nos agraden. En la *Meditacion sobre las ruinas* se establece (2) que *la virtud y el vicio no tienen un objeto puramente espiritual y abstracto de los sentidos; porque se refieren siempre á un objeto físico en último resultado, y este objeto es siempre el de destruir ó conservar el cuerpo.* De este principio general tan contrario á la fe y esperanza cristianas, que segun este autor (3) *no son virtudes*; se deduce que los preceptos naturales y divinos del decálogo no obligan en los innumerables casos en que su infraccion ó su observancia nada influyen *en destruir ó conservar el cuerpo.* Y efectivamente él no reconoce por ley natural

(1) Pag. 126. (2) Pag. 316. (3) Pag. 351.

otra cosa que el *orden físico de la naturaleza*, dirigido á la conservacion y felicidad de la especie humana, sin diferenciarse de las leyes físicas de los seres materiales (1). Ninguna de las otras leyes fuera de esta, es razonable, justa, pacífica y benéfica: *todas son inútiles, y esta sola basta para hacer á los hombres mas dichosos y mejores* (2) ¿cuantas consecuencias monstruosas contra los deberes del hombre público y privado, y mucho mas del hombre cristiano, no se deducen de tan horribles y desatinadas máximas? *El Nuevo Ciudador* niega (3) que deba estenderse á todos la obligacion de aquella célebre regla general del Evangelio y de la filosofía misma: *no quieras para los demas, lo que no quisieras para tí*: califica de *necedad* (4) la pobreza de espíritu, el desinterés, la abnegacion de sí mismo, el desprecio del mundo y el perdon de las injurias: y establece por principio (5), que no hay ni puede haber moral general para todos los hombres, porque así los grandes vicios como las grandes virtudes, siendo solo efecto de las pasiones, no deben considerarse,

(1) En su tratado de la ley natural cap. 1.

(2) Ib. cap. 2.

(3) Discurso preliminar pag. VII.

(4) Ibid. pag. V.

(5) Ibid. pag. VII. y VIII.

sinó como el resultado de los humores y de la organizacion de cada uno, la cual es diferente en casi todos. Acerca del baron *d' Holbach*, ¿qué podremos decir, supuesto que en su dictámen la religion de los Chinos (1), y la de los Bramanes (2), llenas de supersticiones ridículas, de errores groseros y de máximas absurdas, son unas religiones mas puras, mas sencillas y mejores que la de los cristianos? Cual deba ser la justicia y *la moral* de cualquiera que esté imbuido en las doctrinas del *Tratado de los tres impostores*, fácil será de conocerse, si se observa, que su autor enseña mas de propósito que los demas citados (3), que el alma del hombre no es espiritual, no es libre para obrar bien ó mal, no es digna de premio ni de castigo, no vive despues de la muerte del cuerpo, no se diferencia del alma de los brutos; y que no hay Dios, ni ángeles, ni demonios, ni bienaventuranza ni infierno.

Tales son los impugnadores atrevidos del Evangelio de su divino autor Jesucristo, de los profetas, de los apóstoles, de los padres de la Iglesia

(1) Pag. 16.

(2) Pag. 28.

(3) Pag. 88. 90. 101. y 102. y en otras partes.

católica, á quienes tratan de ignorantes, ilusos; supersticiosos y fanáticos. Tales son los maestros ilustradores del mundo, que despues de poner sus bocas sacrílegas en el cielo, vomitando blasfemias horribles contra Dios y sus Santos, y ridiculizando los sublimes misterios de nuestra fe; se convierten á los hombres, prometiéndoles la reforma de las costumbres por medio de unas nuevas reglas de moral, independientes y exclusivas de la religion revelada. Ya hemos visto cuan desatinadas é inmorales son estas reglas; mas aun cuando nos presentasen otras conformes á la recta razon, y ofreciesen una felicidad perpetua para la otra vida; si esta felicidad no es la que nos enseña la fe, si no se añaden tambien los castigos eternos y terribles con que la misma fe amenaza á los malos; siempre urgen contra estos nuevos maestros las reflexiones que dirigia á los de su tiempo el citado apologista del cristianismo.

« Predicad, les decia (1) esta bella doctrina á las pasiones: fortalecedlas contra los terrores de una vida futura; estén persuadidos de esto los ambiciosos, los avaros, los voluptuosos, y

« que no merecen ni nuestros castigos, ni nues-

(1) En la citada apología art. XII.



» todos los demas hombres corrompidos ó próxi-
 » mos á corromperse; tómenla por regla de su
 » conducta pública y privada; persuadidles á que
 » despues de la muerte no hay ni para ellos ni
 » para el hombre virtuoso mas que la nada ó la
 » felicidad; y decidnos, ¿ qué será de la provi-
 » dad, de la buena fe y de toda la sociedad? Si
 » despues de esta vida es todo igual para el justo
 » y para el injusto; si aguarda un mismo destino
 » al hombre virtuoso que reprimió sus pasiones pa-
 » ra obedecer á la razon, y al vicioso que no tu-
 » vo otra ley que sus vergonzosas propensiones;
 » el derecho natural es una quimera, y la moral
 » una puerilidad. Epicuro solo merece ser el doc-
 » tor del género humano, y la única sabiduría
 » que hay, es procurarse una vida dulce y vo-
 » luptuosa. Los hombres de bien son unos in-
 » sensatos en luchar contra sus pasiones, y en ca-
 » minar con esfuerzo por el penoso camino de la
 » virtud. Asi es como despreciando la religion, se
 » desarma la ley natural, se la abandona á la in-
 » solencia de los malos, se abren las puertas al
 » vicio, se trastorna todo el edificio de la moral,
 » ó se le convierte en una esteril especulacion,
 » que no merece ni nuestros esfuerzos, ni nues-
 » tros sacrificios.” IX. *En la ciudad epictetoica* (1)

Con razon pues dijo un filósofo (1) tan conocido por los grandes estravios como por las grandes luces de su ingenio: que los sábios sin religion » siembran en los corazones unas doctrinas desconsoladoras: trastornan, destruyen y » pisan cuanto respetan los hombres; quitan á los » afligidos el último consuelo que les queda en su » miseria, y á los poderosos y ricos el único freno » de sus pasiones: arrancan de lo íntimo del corazón los remordimientos del crimen, y la esperanza de la virtud: afeminan y envilecen con » sus principios á las almas, reconcentran todas » las pasiones en la bajeza del interes propio, minan sordamente los verdaderos fundamentos de » toda sociedad, destruyen las costumbres y son » mas funestos al estado que el fanatismo.

Y asi, amados diocesanos nuestros, guardaos (2) de que alguno ó bien de palabra ó bien por escrito os seduzca con filosofías y vanos sofismas, segun la tradicion de los hombres, segun los elementos del mundo, y no segun Cristo: en quien habita toda la plenitud de la divinidad substau-

(1) *J. J. Rousseau copiado en la citada apologia art. XVIII.*

(2) *Coloss. 2. 8.*

cial y verdaderamente con este divino Salvador fuísteis sepultados en el bautismo, y con él resucitásteis á la nueva vida de la fé, animada de la caridad y demas virtudes y dones del Espíritu Santo. Asi os colocó la divina misericordia en un estado de poder adquirir con buenas obras la felicidad eterna del cielo, á la cual debeis encaminar todas vuestras empresas, bien persuadidos de que nada os aprovecharán las mayores glorias del universo, si vuestra alma se pierde para siempre. Estad vigilantes (1) porque el diablo vuestro adversario, anda como leon rugiendo al rededor de vosotros, buscando á quien tragar: resistidle fuertes en la fe, la primera de todas las virtudes en el orden sobrenatural, sin la que es imposible (2) practicar buenas obras de un modo agradable á Dios y digno de la vida eterna. Por eso dijo el Bautista (3): *el que es incrédulo al Hijo de Dios, no verá la vida, antes bien la ira de Dios descansa sobre él.*

No basta creer muchas de las verdades reveladas por Dios y propuestas como de fe católica por la Iglesia, columna y firmamento de la

(1) I. Petr. 5. 8. (2) Hebreor. 11. 6. (3) Joán. 3. 36.

verdad; sino que es preciso creerlas todas con firme asenso, y si falta este á sabiendas sobre una sola de ellas, se pierde del todo la fe divina, quedando el alma manchada con el enorme crimen de la heregía. Tampoco basta para salvarse mantener la fe en el corazon; es indispensable tambien confesarla con las palabras (1), las cuales han de ser conformes con el uso recibido en la Iglesia católica, y libres de novedades profanas de voces (2); para que asi como es uno el bautismo, una la Iglesia y uno su divino autor Jesucristo (3) sea una tambien la fe del corazon y de los lábios.

Portándoos vosotros segun las reglas de esta fe, llenaréis todos vuestros deberes para con Dios y con vosotros mismos, sereis sumisos y obedientes á todas las autoridades de la Iglesia y del siglo, os amareis sinceramente unos á otros, conservareis entre vosotros mismos la union, la paz y la concordia, de nadie hablareis mal, á nadie perjudicareis en sus justos derechos, á nadie ocasionareis disgustos ni pesares, á todos dispensareis con toda la verdad del corazon el respeto, la urbanidad, la atencion, la misericordia, el di-

(1) Romar. 10. 10. (2) I. Timot. 6 20. (3) Ephes. 5, 5.

simulo de sus defectos, el perdon de las injurias que os hicieren, el socorro de sus necesidades, el consuelo en sus aficciones, la congratulacion en sus prosperidades, en suma quanto pueda contribuir á que como en los fieles primitivos, no haya entre vosotros sinó un solo corazon y una sola alma, y todos vivais tranquilos, alegres y felices, segun es posible en este lugar de destierro. Esto enseñó Jesu-Cristo, esto predicaron los apóstoles, y esto os recomendamos nosotros con el mayor encarecimiento, pidiendo al Dios de caridad, que inflame vuestros corazones en esta excelentísima virtud, y bendiciendoos en nombre del mismo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Dado en Granada á 1.º de Noviembre de 1821.

Blas Joaquin, Arzobispo de Granada.

Por mandado de S. S. I.

D. Salvador de Reyes.

Secr.º

Imprenta de Puchol.

